

El Carmen, de Burgos, durante la invasión francesa

La publicación de las siguientes páginas tienen la doble finalidad de presentar a los estudiosos una muestra de la riqueza documental del llamado «Archivo Silveriano» y ofrecer a los amantes de nuestro pretérito las circunstancias vividas en Burgos en una de las más críticas encrucijadas: La Invasión francesa

El tesón, la perseverancia y categoría científica de aquel gran burgalés y Carmelita eximio, que fue el Rdmo. P. Silverio de Santa Teresa, gloria también de esta Academia, hicieron posible que hoy posea el entrañable Carmen, de Burgos, un magnífico fondo documental, al que, en justicia, se apellida «Silveriano». Los legajos son fruto de sus correrías investigadoras y de sacrificios pecuniarios. El P. Silverio reunió todo aquello que periclitaba en manos extrañas al saber histórico, y constituyó un archivo que a él le sirvió eficazmente, pero que no quedó exhausto.

Las referencias de la mayoría de esos legajos caen dentro de la historia de la Orden carmelitana, pero las hay que iluminan, incluso directamente, los sucesos de otras entidades. No olvidemos que, antaño, la penetración entre pueblo y Ordenes religiosas era estrechísima; el claustro reflejaba fielmente la historia de la Nación, y ésta, frecuentemente, se gobernaba y encaminaba según directrices monacales. En el «Archivo Silveriano» podrán ha'larse explicaciones de este fenómeno.

La preponderancia burgalesa en la Guerra de la Independencia se fundamenta, tristemente por cierto, en la categoría estratégica de nuestra ciudad. Punto neurálgico de las comunicaciones con Francia, el pueblo de Burgos hubo de sufrir todos los horrores de una contienda al mismo tiempo internacional y civil. Recordando aquellas horas amargas, que encie-

rran una lección de perseverancia y vida, presentamos la «relación» de un benemérito religioso carmelita, cuyo escrito, por lo vivido, puede orientarnos en las dificultades y esperanzas de aquellas horas. Lo que ocurrió en el Carmen, tan vinculado a Burgos, es una manifestación trágica de cuanto sucedió en la Cabeza de Castilla.

Aunque él no lo diga expresamente, el autor de esta «relación» fue el M. Rdo. P. José de la Madre de Dios. La serenidad, modestia y ponderación con que deshila sus líneas, nos inducen a creer en la valiosa personalidad del P. José, del que sabemos era oriundo del Valle de Mena, había sido Prior de algunas Casas y que en la primavera de 1808, en la Asamblea que celebró en Logroño la provincia carmelitana de Navarra, fue nombrado Prior del Colegio de Burgos. Después del conflicto napoleónico fue Superior de su provincia.

El P. Silverio aprovechó ampliamente esta «relación» en el volumen XII de su monumental «Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América» (*). El escrito del P. José le sirvió, casi en exclusiva, para referir los avatares de la Casa burgalesa entre 1807-14. Pero la transcripción íntegra no se ha verificado hasta ahora.

El benemérito Descalzo de Mena escribió con letra menuda, con ortografía casi de hoy y puntuación excelente, un cuadernillo de seis folios en 4.º, que, cuidadosamente doblado y cosido, hacen 21 páginas de redacción. Las andanzas de esta «relación», hasta caer en las manos amorosas del P. Silverio, es difícil señalarlas.

Relación de lo sucedido en el Convento de Carmelitas Descalzos de la ciudad de Burgos, desde la primera entrada de los franceses el año 1807, hasta el año de 1814, en que vino Fernando VII a España, después de su cautividad

INTRODUCCION

Todo lo que se puede decir perteneciente a este convento de Burgos, desde la entrada de los franceses en España hasta la vuelta a ella de nro Catholico Rey Fernando el septimo, después de su cautividad; o hasta el Capítulo Provl. que se tuvo en el Burgo de Osma en dos de julio de mil ochocientos y catorce, se reduce a tres puntos o capítulos: a lo que sucedió desde últimos de mil ochocientos y siete hasta principios de noviem-

(*) Cap. XXXIII, pp. 832-38, Burgos, 1944. Tip. «El Monte Carmelo».

bre del año siguiente: a lo acaecido desde este tiempo hasta que volaron el castillo los franceses en la última retirada; y a lo que finalmente se ha practicado para verificar la reunión de los Religiosos y la restauración de dicho convento. Sobre estos puntos se dirá solamente lo más preciso, y de que es fácil acordarse, aun los que tengan tan poca memoria como yo, Ninguno piense que aquí he de usar de hipérboles, ni exageraciones; pues por mucho que diga y encarezca las cosas, siempre estoy persuadido me quedare muy corto en la narración de los hechos. Por otra parte tengo muy presente, que no merece ser creído aun quando diga verdad, el que regularmente pondera demasiado lo que dice. Así seguiré escrupulosamente la sencillez en todo quanto refiera en este escrito. El segundo punto, por ser muy extenso, se dividirá en dos capítulos.

Capítulo primero de las cosas que sucedieron en este Convento de Burgos desde el año de mil ochocientos y siete, en que por octubre entraron los Franceses, hasta principio de noviembre del año siguiente.

1. Los Franceses entraron la primera vez en Burgos el año de mil ochocientos y siete, a últimos de octubre; y siempre se mantenían aquí muchos de guarnición. (1) Al principio no hacían vejaciones particulares a los Religiosos contentándose con que la ciudad procurara se le suministrasen raciones, para su sustento y mantas y pageros, (2) en que dormir, morando unos en los cuarteles y otros, particularmente oficiales, en las casas particulares. Esta Comunidad contribuyo, segun estoy informado, con cinquenta mantas y tambien con pageros. El año siguiente, en que llegué yo destinado á este Colegio, (3) se contaban entre la ciudad y sus inmediaciones hasta quince mil soldados. A pocos días de mi llegada, nos llamaron al Ayuntamiento, para echar alojados a las Comunidades; y en la nra. tuvimos por dos semanas como unos setenta. No se podía ponerlos con entera separación; por ser necesario para este fin tabicar en muchas partes; obra que para una semana, que ellos habian dicho estarían aquí, parecía un gasto superfluo. Así era preciso, que de noche estubiese siempre la porteria abierta para poder salir quando quisiesen; y que dos religiosos tuviesen tambien de vela, por lo que podia suceder. Aunque no estabamos sin susto; no se verifico extorsión alguna contra la Comunidad; si bien el H.^o limosnero estuvo expuesto á que le quitase la vida un Ca-

(1) Sabe perfectamente el lector que el pretexto para esta primera y solapada ocupación francesa era la deseveniencia de Napoleón con el vecino Portugal. Desde entonces, Burgos fue pieza clave en el dispositivo militar francés.

(2) Pagero: colchón de paja, preferentemente centeno en aquellos días.

(3) En las primeras semanas tras la Pascua de 1808, la Orden celebró Capítulo en todas sus Provincias. La de San Joaquín de Navarra en la ciudad de Logroño y en él salió electo Prior de Burgos el P. José que en seguida se incorporó a su convento.

pitán Francés por una disputa que tuvo con él sobre que no entrase en la cocina de la Comunidad.

2. A principios de junio fue una partida grande de Franceses a Valladolid, y con motivo de una refriega que tuvieron, por haberse armado contra ellos los paisanos, llamaron con engaño a los Párrocos de aquella ciudad y a los Prelados y Religiosos más visibles de las Comunidades a la casa de Ayuntamiento, y los trageron arrestados, como en rehenes, a esta capital. Llegaron a Burgos día diez y ocho de junio, sábado infraoctavo del Corpus. Para este tiempo ya estábamos aquí convenidos los Prelados con el Sr. Intendente, de que cada Comunidad recibiría los Religiosos de su orden, fueren Calzados o Descalzos. Después de haber llevado estos bastantes sustos en el camino, creyendo alguna vez que les iban a quitar la vida, y haber llegado medio muertos de hambre, recibidas las boletas de alojamiento en el consistorio, fueron presentados al Mariscal Besieres. (4) En esta ocasión no faltó quien les dixo, para su mayor consuelo, que iban a ser degollados. El dicho Mariscal asistido de la oficialidad, les dio una represión mui severa: diciendo entre otras cosas, que subleaban a los pueblos contra los Franceses con pretexto de Religión y que estos eran tan católicos y más que los Españoles que no pensasen que los Borbones habían de volver a mandar a España sino el gran Napoleón. A este convento vinieron el P. fr. Agustín Ronda, Prior de los Carmelitas Calzados, y el P. fr. Félix García, su compañero catedrático de la universidad: de los Descalzos el P. fr. Manl. de Sta. Teresa Prior, y el P. fray Franco, de San Joset compañero y Mro. de Novicios. Estuvieron en casa, y se les asistió con todo agasajo, hasta el domingo tercero después de Pentecostés, en que habiendo logrado el día antes permiso, para volver a su convento, se pusieron en camino para Valladolid. Por este tiempo fue quando entraron los Franceses en Santander y tomaban cada día más precauciones para asegurarse de los paisanos, que intentasen levantarse contra ellos. A este fin nos llamaron repetidas veces a casa de Besieres; intimidándonos por medio de papeles impresos, que predicásemos la tranquilidad a los españoles; y haciéndonos responsables de quales quiera tropelía que hiciesen los Franceses en los pueblos. Poco a poco iba en disminución la guarnición de Burgos; pues hasta el mismo Besieres tubo que marchar con su tropa escogida, que llamaban la guardia imperial, al ataque de Ríoseco.

3. El día catorce de julio ya habían buelto algunos de los que habían estado en la Junta de Bayona, y otros, que seguían la corte del Rey

(4) Bessiéres, gobernador militar de Burgos y con omnímodos poderes en todos los ramos desde los acuerdos, o mejor dictados, de Bayona.

intruso. El diez y seis del mismo mes entro este en Burgos con todo su equipage, y comitiva de franceses, y afrancesados. Dentro de dos o tres días se dirigió a Madrid y el nueve de agosto volvio de retirada (5) con toda su tropa y la demas, que había estado en el ataque de Ríoseco con todo el tren de artillería, y demas pertrechos de guerra, entrando en sola aquella mañana lo menos treinta mil franceses. En esta ocasion traxeron los que vinieron de Palencia, arrestado, y lo pusieron en la cárcel real, al P. fr. Ruperto de Sn. Elías conventual en el Carmen de dicha ciudad. Estando predicando en un pueblo de la transfiguración del Sr., fue un piquete de soldados a prenderle. La causa fue porque habían sabido que había predicado contra ellos. Por mas diligencias que se hicieron para libertarlo no se pudo conseguir, Aunque el Rey intruso había dado palabra redonda al Sr. Arzobispo, a quien pusimos por empeño, de que usaría con él de toda benignidad; como se marchó de aqui el día siguiente por la mañana, no tuvo efecto. Besieres, a quien yo fui personalmente a recordar la dicha orden de Josef Napoleón, me confeso ser cierta; pero que la había reclamado representando que dicho fr. Ruperto era indigno de que usase con el de misericordia. A esto añadió algunas circunstancias sobre lo que había predicado fr. Ruperto que a mí no se me hicieron creíbles. Por lo que sin duda insistí, sería algun informe siniestro, el que le habían dado. A lo que me respondió que en Palencia la habían dado las gracias mas de doscientas personas y que se haban alegrado de su arresto. Finalmente viendo que no podía sacar nada, dije que nosotros no nos oponiamos a que se le castigase, si realmente era culpado; pero que no era decente estuviese un sacerdote en la carcel publica: y así que le castigase el Prelado de la Religion o el Sr. Arzobispo. Esta suplica me la rebatio diciendo que en cada Comunidad nra. había uno como este y que así mal le castigaríamos nosotros. Viendo frustradas todas mis diligencias, por consejo que me dio el Sr. Marqués de Manca, en presencia del Sr. Arzob., a quien yo acababa de referir todo lo pasado, me valí de una persona para que mediase con otra que tenía influencia con Bessieres. Buenas esperanzas me dieron de conseguir la pretension, pero como se fuese dilatando de un día para otro; al menos pensar llevaron a nro. Ruperto al castillo de Pancorvo.

4. Dentro de pocos días quedo muy poca guarnicion en Burgos y en sus inmediaciones; pero nunca nos habíamos visto tan cprimidos de ella hasta entonces. Tenian puestas guardias de a caballo en todas las bocas calles, y salidas de la ciudad, y también en todos los altos que estan a su vista. A qualquiera lugar, aun el mas inmediato, que fuese necesario salir

(5) La derrota que Castaños infligió al ejército francés en Bailén motivó una retirada estratégica de todas las fuerzas de ocupación situadas a la derecha del río Ebro.

a predicar, o pedir limosna, era preciso llevar pasaporte del comandante. En la ciudad, aunque fuese en la plaza, no podían estar tres hombres juntos en conversacion, ni leer papeles y gazetas sin hacerse sospechosos; hasta los pobres infelices, que venían a pedir limosna a la portería, no lo podían hacer con toda libertad; ni los demas fieles juntarse en la Iglesia, para confesarse u oír missa; pues me intimaron una orden del Comandante francés, para que no permitiesse se juntasen muchos pcbres de una vez en la plazuela; y lo mismo respectivamente a la Iglesia. Con este rigor procedieron hasta el veinte y dos de septiembre, en que desaparecieron entera (mente) los franceses de esta ciudad, y se retiraron todos acia la Vizcaya.

Cap. 2.º Buelta de los franceses a Burgos, y sucesos posteriores al día 10 de noviembre de ochocientos ocho.

1. A principios de noviembre de este año ya corria la voz de que volvían otra vez los Franceses a Burgos. El cinco de dicho mes su pusieron en movimiento las gentes de esta ciudad para retirarse, creyendo en virtud de las noticias que tenían, que se acercaban los enemigos. Las Comunidades de Religiosos todas marcharon este día y entre los Religiosos de esta Comunidad se conferencio aquella noche sobre si convenia marcharnos o quedarnos en el Convento. Yo dije preguntando sobre el particular, que todo aquel que quisiere retirarse, podia hacerlo libremente; pues no queria que por mí se expusiese a peligro de perder la vida; pero que yo no pensaba hacerlo por entonces. En efecto en esta misma noche se pusieron en una galera, que se acababa de hacer (la que habia antes la habia llevado el verano anterior con bagages el General Portugas, (6) que fue a Francia, sin que se pudiese lograr la volviera) las cosas mas preciosas de la Sacristía e Iglesia; como eran los ternos más preciosos de casullas, dalmaticas, albas, colgaduras, cálices, copones, coronas de la virgen, reliquias y otras cosas semejantes. Los criados y un hermano de la vida activa llevaron la galera con las caballerias por el carrino de Valladolid hasta Celada, que dista quatro leguas de esta Capital. Despues, viendo que no iban bien, para retirarse por el camino real, torcieron para Villсандino, donde estuvo quince días, hasta que la cogieron los Franceses como se dira despues. Los más de los Religiosos se fueron cada uno por donde Dios le dió a entender, y solo quedamos en casa como seis o siete, además de N. P. Domingo de Santa María que estaba en cama enfermo de mal de reuma y N. P. Manl. de la Virgen, accidentado de perlesia que,

(6) De difícil lectura en el original.

aunque tuvo proporción de carro en aquellos días para ir a Lerma, no quiso hacerlo.

2. La tropa nra, que había en Burgos era tan poca, y las mas de ella gente visofia, que se vió precisada a retirarse hacia dicha villa de Lerma, temiendo que el número de los enemigos fuese superior. Lunes día siete ya comenzo a volver dicha tropa a Burgos, viendo que no venian los Franceses y los dos días siguientes se fueron aumentando de suerte que pudieron juntarse como diez mil hombres entre la cavalleria e infanteria. El General de División (7) que mandaba dicha tropa puso una proclama, en que decía: Nobles Burgaleses volveos todos a vros hogares; no hai que temer; aqui estamos para defenderos; con este motivo comenzamos los Religiosos, que estabamos en casa, a perder el miedo; y mas quanto las noticias que se tenian de la venida de los Franceses, eran demasiado lisonjeras; pues comunmente se creía que el número de los que venian, no era más de setecientos. Esto tambien dió ocasion para que yo digese al Padre Superior, que habia estado los días anteriores retirado y llevado consigo el dinero, excepto alguna cantidad pequeña que me habia dejado para el gasto urgente, que supuesto no habia peligro, pusieramos dicho dinero en el arca de tres llaves al tenor de la ley. Todo ello venia a ser como doce mil rs. los ocho mil prestados por Dn Manl Enaso Mro de la Academia, para acabar de hacer las provisiones; y los quatro mil restantes de limosnas de misas y veredas del agosto. Día 10 por la mañana ocurrió cantar una misa, lo que se podia practicar mui bien; porque ya habian vuelto al convento algunos Colegiales, que lo pudieron executar. El P. Superior pidió licencia para salir a la ciudad con un P. Lector para adquirir noticias, y avisar lo que hubiere; pero esta fue salida que no tuvo buelta. Asi nos cogio enteramente descuidados la entrada de los Franceses en Burgos. (8).

3. Eran como las once y quarto, quando concluíamos la misa, y comenzabamos el examen de conciencia; yo noto que los pocos Religiosos, que había en el coro, se iban marchando: pregunto la causa de esta novedad y me dicen que entran los franceses en Burgos; lleno de perplexidad no sabía que hacerme, y por otra parte como que no creía enteramente lo que me acababan de decir; para mas asegurarme pregunto si N. P. fray

(7) Este era el Conde de Belveder, cuyos servicios de información y experiencia no brillaron en esta triste jornada.

(8) Realmente parece increíble este descuido, viviendo a unos pocos kilómetros del teatro de lucha, en la que tan definiivos intereses se ventilaban.

Antonio de los Reyes, (9) que había llegado la noche anterior desde Escarate, que esta mas alla de Pamplona, rodeando muchas leguas para huir de los enemigos, se iba también a marchar y veo que practica lo mismo que los otros. Inmediatamente fué con un Colegial a ver si se podía violentar la puerta de la celda del P. Superior, donde estaba el arca de tres llaves y nada se consiguió. Por otra parte el tiempo era demasiado urgente, y no daba lugar a buscar un hacha con que hacerlo; y mas que cuando las cosas hacen mas falta suele costar mayor dificultad el hallarlas. Luego me ocurrió, si estaria ya consumido el Sacramento; y con este motivo fui sin detencion a la Iglesia, y viendo que ya habían practicado esta diligencia, me volví a subir al convento, encontrandome con N. P. fray Manl. de la Virgen en el antecoro. Quiso su Reva. reconciliarse en aquella hora, creyendo seria la ultima de su vida, y yo estaba mientras la reconciliación con un continuo sobresalto y palpitacion del corazon, pensando nos podrian coger en aquel mismo acto los Franceses. Concluído que fue, me encamine acia los camaranchones; no tuve poca fortuna de que estvieron abiertos; pues días antes los habia mandado yo cerrar; porque los herms. legos no llevase pa. la cocina de leña seca que estaba destinada para calentarnos en la cocinilla. Desde allí subí a las bobedas de la Iglesia y pase a la de San Joaquín. Según pienso nunca había estado en semejante sitio, y solamente había oido, que este era mui a proposito para semejante apuro. Esto fue causa de que pasando a dicha capilla por un lado de la media naranja de la del Carmen, lo hize por donde ninguno ha transitado. No obstante lo execute sin novedad alguna: sobre la boveda de la capilla del Carmen, que esta mas alla de la media naranja, se registra por una ventana desde el puente de Santa María, y camino, que esta del otro lado del río azia la Vitoria, todo el camino que esta de la parte de aca, hasta parte de la chopera, que esta en el camino de Valladolid y pertenece a este colegio.

4. Puesto a esta ventana: un poco retirado, veo venir a los franceses por dicho puente, tocando sus trompétas, y abanzando con bastante ligereza hacia el hospital del Rey, y en tanto numero que parecían exambres de abejas, quando se desfilaban por entre los chopos. Lo primero que hicieron en esta ocasion, fue coger todas las salidas de Burgos, y a las gentes, que huian, hacerlas volver a casa. Así lo hicieron también con los

(9) Fray Antonio de los Reyes era uno de los religiosos más conspicuos de la Orden en aquellos días. Burgalés, de Monasterio de Rodilla, donde nació el 13 de junio de 1729. ocupó cargos de gran responsabilidad en Roma y España. El 23 de setiembre de 1796 fue elegido Rdmo. P. General en Madrid gobernando durante el sexenio con gran vigor. El P. Antonio es autor de diversos ensayos. Falleció el 17 de marzo de 1811.

Religiosos nros, que alcanzaron: estos fueron nro. P. fr. Antonio de los Reyes, a quien maltrataron y quitaron el dinero, que tenia consigo: el P. sacristan fr. Martín de san Andrés, a quien hicieron heridas en la cabeza y golpearon con los sables: el P. fr. Matías de San Martín, a quien tambien golpearon; el P. fr. Joaquín de San Antonio, a quien tambien le trataron de la misma suerte, con el afan de que les diese dinero; los dichos Religiosos todos eran ancianos, pasando el que menos de setenta años. Mas afortunado fue en esta parte el P. fr. Juan de Sn. Ramón, que siendo bastante corto de vista y casi de la misma edad que los dichos, fuera de N. P. fr. Antonio, al entrar los enemigos. fue conducido al hospital del Rey por una criada ds la Comendadora Josefa Barona, las que le tenían mucho afecto por haber sido muchos años su confesor. Allí procuraron que se quitase el habito, y se metiese en una cama como si estuviera enfermo, poniendose un pañuelo en la cabeza, para no ser conocido. Permaneciendo algunos días en esta disposicion, logro que los franceses no le quitasen la vida, ni aun maltratassen. Despues vestido de clérigo, se mantuvo en dicho Hospital, confessando en su parroquia a cuantes acudían a él, hasta que por pentecostés del año siguiente lo destino N. P. Provl. al convento de Logroño. En el mismo día del ataque, segun noticias, fue muerto el H^o Lego fr. Pedro del Santísimo, huyendo de la tropa francesa quando entraba en esta Ciudad, junto a la Hermita de Santa Ana, en el camino que va a Villagonzalo; era natural de Monasterio de Rodilla de este Arzob. y tenia de edad como cinquenta años (10).

5. No es possible que yo pueda explicar el pavor de que estuve poseído toda aquella tarde; por una parte el no haberme desayunado en todo el día; por otra, los continuos sustos que experimentaba a cada instante, eran mui suficientes para ponerme en la mayor consternacion. Apenas había comenzado a observar por la dicha ventana la entrada de los franceses, quando oigo cerca de mi una gritería de mugeres sobre la bobeda del cuerpo de la Iglesia; aunque las veía mui de cerca, no me atrevía a preguntarlas el motivo de haber subido a aquel sitio, sospechando seria descubierto por este medio. Ya que me resolví a ello, hice me llamasen a un criado de casa llamado Pasqual, que estaba mas distante, cuya voz había conocido. De su boca supe que las mugeres eran unas criadas del señor Valdes, huidas de los franceses, que en el Barrio de Bega habian cogido a su Ama haciéndola mil insultos. Luego comienzo a oir por todas partes el horroroso estrepito, que hacian saqueando la ciudad, y violen-

(10) El cadáver de fray Pedro no se halló, a pesar del interés con que se buscó. Así nos lo refiere otra «relación» manuscrita y anónima de los sucesos del Carmen burgalés en estos días. Es un cuadernillo de 8 páginas existente en el Archivo Silveriano.

tando las puertas de las casas. En este convento no era menor el alboroto; por todas partes de él se percibía su desenfrenado furor; unos, subían al coro, y como si fuera cosa de risa, se ponían a tocar el órgano, continuando sucesivamente en este desorden hasta que lo pusieron más destemplado que un cencerro roto; otros, en la Iglesia daban unos golpes tan grandes en las mesas de sus altares, con el afán, sin duda, de encontrar allí dinero, que parecía se aplanaba todo el edificio; otros, entrando en la Fábrica, no cesaban de hacer su descompasado ruido con los mazos del batán; (11) otros, según llegué a percibir, subían por los tejados de la Fábrica, dirigiéndose por el de las celdas más inmediatas a ella acia el tejado de la Iglesia por aquella parte, en que yo estaba escondido; lo que me hizo pensar si andaban en busca de mí. Hallándome en semejante rezelo, el P. fr. Martín de san Andrés, que según se ha dicho había sido herido de los franceses, huyendo de ellos, se escondió sobre el tejado de la bóveda, donde yo estaba escondido. Andaba zarpeando en el sobre mi cabeza, como si estuviese destejando. Duró esto más que lo regular, hasta llegar a persuadirme eran los enemigos, que teniendo noticia de mi paradero, intentaban romperle. Poniéndome de rodillas, esperaba por instantes la muerte disponiéndome para ella, con una palpitation del corazón qual se puede imaginar en semejante ocasion. Mas viendo que se alargaba la cosa, sin que se notase defecto en las tejas, tome ánimo, y fui a mirar a un ventanillo que esta por el otro lado y da luz a la bóveda de la capilla del Carmen; viéndole del modo dicho, se me quito enteramente el susto principal. aunque por otra parte no dejó de causarme sentimiento su triste situación.

6. Desde el mismo sitio también oía con toda distincion los golpes que daban los ministros de la impiedad, para descerrajar las puertas de las celdas, y quando llegaron a la que estaban detras del altar mayor, fue mui notable mi aflicción, figurándoseme que oía los lamentos de N. P. fr. Domingo, quando los enemigos le quitaban la vida. En medio de tantos sustos, no fue pequeño consuelo para mí el haberse retirado al mismo sitio en que yo estaba el P. fr. Matías de San Martín, el P. fr. Joaquín de San Antonio, el P. sacristán fr. Martín, según acabo de decir, a los que despues, se añadió Nro. fr. Antonio de los Reyes con el Ho. Dionisio su

(11) El convento de Carmelitas de Burgos ha tenido casi siempre un carácter peculiar dentro de su provincia. En el siglo XVIII se instaló en él una fábrica de paños para surtir en exclusiva a los monasterios de hábitos, mantas, atc. Tal fábrica ocupó los locales que desde 1903 a 1961 tuvo la Imprenta «El Monte Carmelo». En Archivo Silveriano hay un documento interesante sobre precios y calidades de los productos de esta fábrica en 1802. Por esas fechas eran los Carmelitas unos de los pocos que mantenían la gloriosa tradición textil y lanera de nuestra Capital.

asistente y el criado Pascual. Se paso la noche con toda incomodidad, que se deja entender por razon del sitio, falta de ropa y alimento. Al día siguiente, entrada la mañana, nos desayunamos con un poco de pan de nas ogazas, que tenia el portero en su quartito para los pobres, y que no habiendo visto los Franceses las recogió el H.º fr. Dionisio que estaba vestido de paisano. A eso se añadió un poco de potage de garvanzo con arroz que había dejado los Franceses del día anterior en la cozina, por no ser aficionados a este genero de alimento. En medio de tanta necesidad fue bien poco lo que comimos; pues el potage por estar del todo frio, no lo concluimos, y el pan se repartió con tasa, a fin de que hubiese para en adelante. Despues ya se pudo lograr, aunque siempre con rezelo, que el hermano fr. Dionisio y el criado cociesen en la cocinilla algunas berzas de la huerta para nro. alimento. Este día por la tarde, sino padezco equivocacion, hallo dicho fr. Dionisio junto a la enfermeria al P. fr. Andrés de San Antonio, muerto con tres estocadas en el pecho, otras en la cabeza, que sin duda le dieron los Franceses, quando andaban saqueando el convento. Aunque este P. habia huído con los demas en el día cinco, volvió despues a casa, y el día anterior, según me persuado, padeció la misma suerte que los demás al querer escaparse. Era natural de Frías, y tenia de edad ochenta y cuatro años. (12)

7. Pasados dos días bajamos por la noche tres religiosos a dar una ojeada al Convento, sin detenernos mucho por temor de los Franceses que aun entonces solian andar por las celdas. En esta ocasión vimos con harto dolor a Nro. P. fr. Domingo de Santa María muerto en el suelo de su celda con algunas heridas en la cabeza de las que salia aun la sangre fresca. Era natural de Echano Prova. de Vizcaya, obispado de Calahorra: tenía de edad setenta y cinco años, de profesion cinquenta. Fue Prior de Osma de Tudela, de Marquina, dos veces de este Colegio, y una Difinidor y Provl. de esta Santa Pròvia. Por lo que toca a nro. P. fr Manl. de la Virgen merece nra. atencion el particular cuidado con que Dios le conseruo la vida. Demas de alguna refección que le subió, el que cuidaba de su Ra. los Franceses mismos le dieron un vaso de buen vino, para que provase el de un frasco, que encontraron en la celda de nro. P. fr Vicente de San Bartolomé, (13) embiado de las Monjas por razon de la visita. Es

(12) Hasta 1961, en que se reformó enteramente casi todo el convento de Burgos se conocían exactamente las celdas de aquella enfermeria: las situadas entre el camarín de la Virgen del Carmen y la Imprenta, antaño fábrica de paños.

(13) Fray Vicente de San Bartolomé dirigió la trágica huída de las Madres Carmelitas de Burgos, aterrorizadas por los abusos de la soldadesca francesa. Las tristezas de esta peregrinación, que duró años, se reflejan en un escrito, también en Archivo Silveriano, firmado por las Madres Priora y Supriora y que hace 19 páginas de las mismas características que el del P. José.

verdad, que los Franceses que entraban continuamente en su celda, le maltrataron de suerte que algun tiempo no pudo comer por su propia mano; pero el hablarles en su lengua con alguna libertad y exponerles su mal, que lo tenia postrado de este modo, contribuyo a que teniendo alguna conmiseracion de el, no le quitasen la vida. Todavia hai que notar otra cosa mas particular sobre esto; el tiempo frio de la estacion, sin mantas porque se las quitaban los enemigos, dejandole en la cama sin ropa, y la falta de alimento en los dos días siguientes al del ataque, eran causas muy suficientes para acabar con un hombre accidentado; mas el Sr. proveyo quien le asistiese, aún sin haberlo conocido antes, hasta que nosotros lo pudieramos hacer. Así fue ciertamente; pues un soldado que habia estado enfermo en el Hospital; no obstante que los Franceses llegaron a quitarle en este convento hasta los calzones que tenia puestos, le asistio con bastante caridad.

8. Despues de tres días de sustos continuos en nro. retiro, ya por temor de que subiesen a donde estabamos los Franceses; pues no se les ocultaba que habia gente en las bovedas de la Iglesia; ya porque temiesemos dieran fuego al convento, viendo arder algunas casas de la ciudad; nos resolvimos a bajar al convento y a la huerta, persuadidos de que Napoleón (14) habia mandado cesasen las crueldades anteriores, y que si no nos dejabamos ver, nos haciamos todavia mas sespechosos. Pero quien podra explicar el lastimoso estado de quanto habia en el convento y en la Iglesia? Las puertas de las celdas todas descerrajadas, los libros y demas cosas de los Religiosos todos arrojados al suelo y tal vez ensuciados o llenos de azeite, la libreria de la comunidad toda devastada, la ropa de de menos valor hecha un revoltijo por todas partes, los quadros de las imagenes hechos pedazos y lo mismo algunas que eran de talla, los corporales mismos, y si algo de ropa habia quedado en la sacristia, pisados ultrajados, sin que hubiese parte alguna en donde se pudiesen recoger todas estas cosas, era bastante para afligir al corazon mas esforzado. Por más que nosotros procurabamos recoger o poner en lugar mas decente algunas de las cosas dichas, de nada nos servia; porque en el mismo instante las desbarataban o quitaban los Franceses, haciendo saltar luego el pestillo de cualquiera zerraja que quisiesemos acomodar. A lo dicho se añadia que todas las cosas comestibles las habian consumido ademas de llevarse el dinero hasta el ultimo maravedi. Por mas que yo quiera ponderarlo, conozco que no es posible dar una idea de la cosa al que no la

(14) Napoleón entro en Burgos al día siguiente de la batalla de Gamonal y dispuso el cese del saqueo e incendio de la ciudad que con particular saña realizaban las tropas del General Lasalle.

haya presenciado; pues todo aquello que no consumieron, lo derramaron y destruyeron, como sucedió particularmente con el azeite y el vino. Los primeros días por la noche nos volvíamos a dormir a la bobeda por temor de que nos asaltasen de repente los enemigos, y quitasen la vida porque ni la puerta de la portería se podía cerrar a causa de estar descerrajada y rota como los demás y no permitir el tiempo ni los muchos Franceses que a cada instante entraban y salían, hacer reparo en ella. Aunque en el día diez se cree entraron en esta ciudad sesenta mil hombres; en los días siguientes no se veía otra cosa que pasar revista y salir grandes partidas por los caminos de Madrid, de Valladolid y de Santander; y por consiguiente no cesaban de entrar otros Franceses de nuevo en esta ciudad. Se sabe que muchos de los que se hallaron en el ataque de Espinosa de los Monteros, que vino a ser sobre corta diferencia en el mismo día, que el de Burgos, vinieron después a esta Capital. Ultimamente nos resolvimos a dormir abajo, los demás en la hospedería y yo en una celda.

FRAY VALENTIN DE LA CRUZ, C. D.

(Continuará)